

Europa: orgullo e imperio (1870-1914) *

por José Luis Comellas **

Europa, “esa pequeña península de Asia”, como la llamó un día Paul Valery, tuvo desde hace dos mil quinientos años un papel muy importante, con frecuencia predominante, en la historia del mundo. Una predominancia que se manifiesta ya sea en la organización material, ya en los campos de la cultura, el pensamiento, el arte o el derecho. Esta virtualidad potencial se hizo patente también muchas veces en el ansia de un imperialismo territorial, por lo menos desde los tiempos de Alejandro, y más desde los de Augusto. Existió también, aunque en muy diverso sentido, una filosofía basada en el concepto de Imperium durante la Edad Media. No me corresponde aquí entrar en temas como los que acabo de mencionar, de los que muy bien pueden hacer mención otros profesores presentes en estas Jornadas.

Sin embargo, el gran proceso mediante el cual Europa se vuelca al mundo y hace política mundial es patrimonio fundamental de los tiempos modernos. K. M. Pannikar intuye una “Edad Europea”, cuyos límites cronológicos sitúa en 1498, fecha en que Vasco de Gama llega a Calicut, en la India, y en 1947, cuando —al tiempo que la India llega a su independencia— la cabeza rectora del mundo, por primera vez en esos veinticinco siglos, es colocada fuera de Europa, concretamente en el gigantesco gimnasio de Flushing Meadows, en tanto no se termina de construir a orillas del East River el actual edificio que alberga a la Organización de las Naciones Unidas¹. Es una visión indocéntrica, a todas luces, aunque no inaceptable. Probablemente, para la mayoría de los que nos hemos reunido en estas Jornadas resulte más significativa como fecha inicial la de 1492, si no queremos partir de aquella otra tan simbólica de 1434, en que Gil Eanes rom-

* Ponencia presentada en las Jornadas de Historia de Río Cuarto.

** Doctor en Historia. Catedrático de Historia Moderna y Contemporánea (Universidad de Sevilla).

¹ La obra de Pannikar *Asia and Western Dominance*, Londres, 1931 —vid. para el concepto “edad europea” pp. 11 y ss., peca sin duda de un evidente indocentrismo, pero contiene importantes reflexiones sobre el significado del imperialismo europeo a lo largo de los tiempos modernos.

EUROPA: ORGULLO E IMPERIO (1870-1914)

pió por primera vez conscientemente el límite mítico de la “zona pe-rusta”, teorizado por Estrabón como frontera natural de toda expansión humana. Fue aquel el triunfo de la curiosidad sobre el temor, y con el triunfo de la curiosidad sobre el temor nace el hombre fáustico, el hombre moderno.

Las fechas concretas son en todo caso irrelevantes. El hecho es que existe una “edad europea”, en la que Europa se desparrama por el mundo, y lleva a él muchas veces su dominio, pero también su cultura, su religión, sus lenguas, su economía, su sistema métrico, su alfabeto o su concepto del Estado. Pero seguramente están la mayor parte de ustedes de acuerdo conmigo en que esta “edad europea” muestra dos polos principales. Uno en la explosión del Renacimiento, que tiene como principal resultado el hecho cósmico del encuentro de América —o encuentro con América—, un tema que ha sido ampliamente desarrollado hace pocos años con motivo del Quinto Centenario, y al que Apuhe dedicó ya la debida atención en las Jornadas de Catamarca.

Permítanme que me refiera aquí, siquiera en los límites sumarios exigidos a esta breve intervención, al que considero el segundo polo, aquel que tiene lugar en esa otra explosión de Europa definida por la era del positivismo, que es también la era del imperialismo y el colonialismo. El período que transcurre entre 1870 y 1914 es también un período cósmico, hasta el punto de que es en él cuando se realiza la mundialización integral de la historia o, lo que es decir lo mismo, cuando la historia se hace irreversiblemente universal. Y este proceso de universalización, con todos los rasgos positivos y negativos que ustedes quieran admitir, es una obra, ante todo y sobre todo, de Europa.

Observemos, si queremos comenzar a comprender el fenómeno, un hecho demográfico. Europa, a pesar de su pequeñez, con una extensión similar a un 7 por ciento del conjunto de los continentes, por razones de clima, de la bondad de su suelo o por otros motivos, albergó durante siglos a la quinta parte de la humanidad, esto es aproximadamente un 20 por ciento del total². Pues bien, esta población, ya desde un principio alta, experimenta un incremento extraordinario en el siglo XIX. En 1800 es ya un 21 por ciento, en 1850 un 22,4 por

² Chaunu, P., *Historia y decadencia*, Barcelona, J. Granica, 1983. El autor, utilizando trabajos de J. N. Biraben, hace un notable estudio de la distribución de la población mundial en la historia. Vid. pp. 156 y ss. y cuadros pp. 228 y 304-305.

EUROPA: ORGULLO E IMPERIO (1870-1914)

ciento, y en 1900 un 36 por ciento; su salto demográfico con respecto al conjunto del mundo es un hecho histórico sin precedentes. Y este salto se dio, sobre todo, en el último tercio del siglo XIX: si entre 1850 y 1870 Europa creció en treinta millones de pobladores, que no es un dato despreciable, entre 1870 y 1900, a pesar de la fortísima emigración europea hacia otros continentes, el incremento es de 100 millones. Jamás en la historia se había registrado semejante proporción de crecimiento de una parte del mundo respecto del conjunto, ni volvería a registrarse después. La densidad de población de Europa era entonces doble que la de Asia, diez veces mayor que la de África, catorce veces mayor que la de América y ciento veinte veces mayor que la de Oceanía. Al menos desde el punto de vista demográfico, tanto la tasa bruta de crecimiento como la densidad de Europa superaban con creces las de cualquier otra parte del planeta. Es un punto de vista parcial, por supuesto, pero que puede resultar en alto grado significativo.

Si tratáramos de averiguar por qué ésto es así, encontraríamos inmediatamente una serie de causas o de condiciones muy expresivas del fenómeno. No hay inconveniente en invocar, en primer lugar, el progreso de las ciencias médica y farmacéutica, con la consiguiente mejora de los métodos terapéuticos y clínicos, que permiten acabar con la alta tasa de mortalidad infantil, vencer enfermedades tenidas hasta entonces por incurables, poner término a la era de las epidemias y prolongar en forma espectacular la expectativa de vida del hombre civilizado: factores que se interrelacionan con la mejora de las condiciones higiénicas y la misma tendencia hacia formas de vida más sanas. A algunos aspectos de esta mejora del nivel organizativo y vital me referiré más tarde.

Si hemos de atender a los factores económicos tampoco nos costará trabajo comprender cómo Europa alcanza su más alta tasa de prosperidad respecto del promedio mundial en los años que transcurren entre 1870 y 1914. De suerte que si el carbón y el hierro eran por entonces, en afirmación de Canning, "las dos piedras filosofales de la humanidad", Europa por 1870 producía el 66 por ciento del carbón y el 73 por ciento del hierro del mundo. Los avances técnicos permitían un prodigioso aumento de la producción. Baste citar, casi entre paréntesis, un caso que puede impresionar: en labores de punto se pasó, en no muchos años, de las 150 mallas por minuto que es ca-

EUROPA: ORGULLO E IMPERIO (1870-1914)

paz de tejer la calcetera más hábil, a la 1400 del bastidor vertical, las 45 mil del automático y las 480 mil del bastidor de agujas articuladas. El mundo del trabajo, del ritmo de vida, del consumo, y por supuesto del confort, se transforman espectacularmente en el curso de una generación. La onda larga finisecular produce el milagro, pocas veces repetido a lo largo de la historia, de una baja continuada de precios que supone por un lado la mejora del nivel de vida de las clases trabajadoras, que ven reducirse las horas de laboreo y acrecentarse sus salarios, y al mismo tiempo un aumento de beneficios de los empresarios, que venden más barata cada unidad del producto que fabrican, pero que fabrican diez, cincuenta, cien veces más unidades que treinta o cuarenta años antes.

No pensemos que este avance espectacular de Occidente, y muy especialmente de Europa, es simple producto de una coyuntura favorable; lo es también de una mentalidad, de una cultura, de un desarrollo científico, de un alto grado de alfabetización a nivel popular (que alcanza cotas de 100 por 100 en países como Alemania, Austria, Francia, Bélgica, Holanda o Gran Bretaña antes de que termine el siglo), y de un alto grado de organización, fomentada por ese Leviatán casi omnipotente que es el Estado contemporáneo.

Ahora bien, con objeto de comprender a su vez la nueva mentalidad o la nueva y prodigiosa edad que con ella se inaugura, es preciso tomar conciencia de lo que significa el prevalecimiento del positivismo. Me refiero menos a la doctrina positivista tal como fue enunciada ya por Auguste Comte antes de que promediase el siglo, que a la actitud positivista, a la mentalidad positivista propia de la segunda mitad del siglo XIX. que sustituye a la mentalidad o a la forma de ser romántica de la generación anterior. El nuevo talante puede quedar expresado muy bien por la conocida frase de Arago: "no es con bellas palabras como se obtiene el azúcar de la remolacha, ni con versos alejandrinos la sosa de la sal marina". Y esta generación positivista, conquistadora y realizadora, conduce al hombre de Occidente a logros hasta entonces nunca igualados. Es la época de los científicos, de los ingenieros, de los técnicos, de los inventores; la época del teléfono, del tranvía, del ascensor, del frigorífico, de la luz eléctrica, de la dinamo, de la turbina, del alternador, del convertidor de acero, de la galvanotecnia, del rodamiento a bolas, de la rotativa, de la bicicleta, del sonido grabado o transmitido a distancia, del barco de hélice

EUROPA: ORGULLO E IMPERIO (1870-1914)

o de la calefacción central. Es, en suma, la era de los inventos. Nunca, ni siquiera en los tiempos que vivimos, se realizaron tantos ni tan capaces de transformar la vida del hombre. “Aun los más decididos defensores de la teoría de la continuidad histórica —reconoce Barraclough— tienen que sentirse impresionados por el volumen de las diferencias que separan el mundo de 1870 del de 1900”³.

El Progreso —palabra que entonces se escribía con mayúscula— es producto de la mentalidad positivista, que cifra el destino humano en un proceso de mejora necesario e irreversible; y a la vez, los logros concretos de cada conquista contribuyen a incrementar el optimismo irresistible de aquella misma mentalidad. “El orgullo producido por estos hallazgos continuos —he escrito en otra ocasión— fomenta la seguridad del hombre sobre este mundo y el proyecto de establecer en él sin limitaciones una ciudad permanente”. En estas condiciones de progreso, euforia y seguridad en sí mismo y en su porvenir, “el hombre, en esta época del último tercio del siglo XIX, se transforma, más que nunca, en un rey de la Creación; pero no —y de aquí una limitación que podrá abocar a tragedias imprevistas— en un sentido teológico o teleológico, ni respondiendo a un mandato divino; sino en un sentido pragmático, para su mejor gobierno en este mundo y en esta vida, y respondiendo a una concepción inmanente de la razón de ser en uno y otra”⁴.

El hombre occidental, y muy particularmente el hombre europeo, entra así, hacia 1870 o 1880, en una nueva edad histórica, la que Barraclough llama simplemente “Edad Contemporánea”, y Jaspers prefiere distinguir con un apelativo concreto, el de “Edad Técnica”, cuyo advenimiento significa para el filósofo alemán el hecho más importante del devenir humano desde la época del “Tiempo-Eje”⁵. Esta nueva época, que señala la culminación de todos los aspectos que para Spengler configuran el “hombre fáustico”, señala un paso en ese camino que Max Scheller encuentra en el proceso de prevailecimiento de lo humano, y con él de una nueva concepción de lo humano, la propia del *homo faber*, el hombre que se desprende de las ligaduras

³ Barraclough, G., *Introducción a la Historia Contemporánea*, Madrid, Gredos. Introducción, p. 52.

⁴ Comellas, J. L., *De las Revoluciones al Liberalismo*, tomo XI de la *Historia Universal* EUNSA, Pamplona, EUNSA, 1984, pp. 482-483.

⁵ Jaspers, K., *Origen y meta de la Historia*, Madrid, Revista de Occidente, 1968. Vid. especialmente pp. 132-133.

EUROPA: ORGULLO E IMPERIO (1870-1914)

de lo trascendente y superior a él, para construir por sí propio, mediante su iniciativa, ingenio y esfuerzo, un nuevo paraíso sobre la tierra. Una actitud que implica un prevailecimiento sobre lo divino, en el sentido de la consagración de la inmanencia del hombre y su razón de ser, en vistas a la plena realización de sus posibilidades para la consecución de su supremo *desideratum*; y prevailecimiento sobre el propio planeta que habita mediante la utilización sistemática de sus recursos y de sus fuerzas, la exploración a fondo del globo entero y sus secretos mediante el análisis y el conocimiento científico de cuanto lo rodea. Así es como, con el positivismo, el progreso científico y tecnológico, y el propio conocimiento humano, se convirtieron en la misma cosa.

Las ideas clave de este momento, optimista tal vez como ninguno en la historia del hombre de Occidente, pueden, con ser muchas, reducirse a tres que subsumen en cierto modo a las demás:

- primera, el nuevo modelo científico, la ciencia positiva, basada en la inducción y en el enunciado de las leyes del Universo, en aras de un mejor conocimiento de la naturaleza y del propio hombre, es ya un método seguro, que no va a fallar, como fallaron otros en el pasado;

- segunda, el progreso se ha convertido desde ahora mismo en una realidad irreversible, la marcha hacia lo mejor está asegurada, y cada paso será hacia adelante y para siempre;

- tercera, no se prevén efectos negativos: el proyecto, como "positivo" que es por esencia, no puede tener su costo, o efectos contra-productivos. Por consiguiente, la felicidad futura del ser humano está garantizada, y lo estará cada vez más, sin obstáculos imprevistos que se opongan a este designio.

Ya desde Comte, el positivismo cifraba todo su contenido en la idea de progreso, una idea que en cierto modo, y desde muy distintos ángulos de su consideración, hicieron suya Hegel, Marx o Krause; pero que en función del optimismo científico positivista, halla su cénit en Haecckel, Arago, Gobineau, Wundt, Renan, Helmholtz, Kelvin, hasta convertir la teoría del Progreso en una auténtica y triunfal filosofía⁶. La base de esta filosofía está, qué duda cabe, en la fe en la

⁶ Vid., por ejemplo, el desarrollo de esta idea en Nisbet, Robert, *Historia de la Idea de Progreso*, Barcelona, GEDISA, 1981. Cfr. especialmente pp. 356-360. Vid. también del mismo, *Essai sur l'Idée du progrès*, en *Révue d'Histoire et Philosophie de la Civilisation*, octubre 1934 enero 1935.

EUROPA: ORGULLO E IMPERIO (1870-1914)

ciencia como Nueva Religión de la Humanidad, y a este efecto parece que hay que dar la razón a Stromberg cuando estima que en la era positivista "la extendida confianza en la ciencia se basaba en la certeza de que desplegaba una imagen exacta de la realidad, que tenía bases sólidas y no podía equivocarse, y que otros modos de conocimiento, como la metafísica y la religión habían quedado obsoletos"⁷. Pero no comprenderíamos la importancia de la fe en la ciencia propia de la era positivista si no tuviéramos en cuenta que es al mismo tiempo la era por antonomasia de la aplicación de la ciencia a un fin práctico, que no otra cosa es la tecnología; y esta aplicación de la ciencia a un fin práctico es la que hace visibles los avances científicos a todas las conciencias y a todas las capas sociales por primera vez en la historia: ciencia y progreso se identifican, el progreso de la ciencia es un hecho espectacularmente visible en la calle, en el viaje, en el trabajo, hasta en el mismo hogar, y así la fe en la ciencia se confunde inconscientemente con esta otra fe todavía más activa y penetrante: la fe en el Progreso. G. Friedmann, aludiendo a estos años, se hace eco de la convicción inmovible y entusiasta, al abrigo de todo recurso en contra, de la marcha hacia adelante del progreso⁸.

Edgar Quinet, un ensayista romántico que se siente rebasado por una corriente nueva e impetuosa de optimismo, escribe ya por los años '70: "Todas las filosofías de mi tiempo están de acuerdo en esto: la creencia en el progreso físico y moral del mundo y de la humanidad. Es el dogma que me ha sido enseñado". Y aunque Quinet no se siente muy seguro de ese dogma, reconoce que ese convencimiento le rodea por todas partes⁹. Los optimistas, como Vacherot, que forman mayoría absoluta, no ofrecen dudas de ninguna clase: "Nosotros creemos en el dogma del Progreso como el creyente en su fe"¹⁰.

Ahora bien, y este es el punto al que deseábamos llegar, la idea positivista del progreso es patrimonio del hombre occidental. Y lo es en un doble sentido. Primero: el optimismo positivista no es compartido por otras culturas, sino tan solo por la del hombre de Occiden-

⁷ Stromberg, Roland, *Historia intelectual europea desde 1789*, Madrid, Debate, 1990, p. 293.

⁸ Friedmann, G., *La crisis del Progreso*, Barcelona, Laia, 1977, pp. 32-33.

⁹ Quinet, Edgard, *El Espíritu Nuevo*, (escrito en 1874), Edic. Buenos Aires, edit. Elan, 1944, pp. 216-217.

¹⁰ EtienneVacherot, apud. J. Mouy, *L'Idée du Progrès dans la philosophie de Rénouvier*, Paris, Flammarion, 1927, p. 205.

EUROPA: ORGULLO E IMPERIO (1870-1914)

te. Segundo: esa fe en el progreso es la fe en el progreso no del ser humano *in genere*, sino del hombre de Occidente: otras culturas no progresan. Por tanto, y como afirma Nisbet, "la fe en el progreso de la humanidad y la supremacía occidental acabaron siendo la misma cosa. Se decía entonces que Occidente había logrado dominar el mundo gracias a las leyes del progreso, las cuales, a su vez, quedaban demostradas de modo manifiesto por la superioridad occidental"¹¹. Y muy especialmente la superioridad europea, que fue la que de un modo más amplio y agresivo impuso su presencia a través de su dominación efectiva, o bien de sus exploraciones e investigaciones, en toda la faz del planeta¹².

Observa Nisbet por otra parte que en el último tercio del siglo XIX "la fusión de las ideas de 'progreso' y de 'nación-Estado' podía llegar a producir un milenarismo y un mesianismo de un grado como jamás había sido visto en la tierra"¹³. Ahí radica justamente uno de los secretos de la generación de ese sentido orgulloso y milenarista del hombre blanco, y en especial del hombre blanco europeo, que no se limita a los políticos, a los militares, a los hombres de empresa o a los intelectuales, sino que se extiende de alguna manera hasta las capas más profundas de la sociedad: la acción del Estado. Ese Estado fuerte y encauzador al mismo tiempo del Progreso que, organizado por el mismo progreso de la técnica, es capaz de llegar con sus poderosos tentáculos a los últimos rincones de cada país.

Un mundo superorganizado necesita un Estado superorganizado: un Estado que ha de atender a las nuevas y urgentes necesidades sociales, a un proceso de urbanización sin precedentes, que precisa la creación de nuevos servicios, que ha de mejorar, como piden los cánones de los tiempos, la economía, la educación, las comunicaciones, la sanidad. "Así los gobiernos se vieron forzados a actuar y a construir nuevos organismos capaces de realizar una labor positiva. El resultado —sentencia Barraclough— fue una nueva filosofía sobre la intervención del Estado"¹⁴. Aparece en el era positivista el germen ya formado, y en continuo desarrollo, del Estado-Providencia, el Estado

¹¹ Nisbet, *op. cit.*, p. 45

¹² Freyer, N., *Historia universal de Europa*, Madrid, Guadarrama, 1958, p. 696.

¹³ Nisbet, *op. cit.*, p. 396. Las bastardillas son nuestras.

¹⁴ *Introducción a la Historia Contemporánea*, p. 154.

EUROPA: ORGULLO E IMPERIO (1870-1914)

que suple con su acción y con su iniciativa muchas acciones y muchas iniciativas reservadas hasta entonces al individuo, a la familia o a la pequeña corporación.

Leviatán, ese monstruo que engorda unos cuantos kilos a cada vuelta que da el mundo, como observa con cierta sorna J. J. Chevallier, experimentó un salto gigante, sin precedentes desde la época del Renacimiento, en el último tramo del siglo XIX. Así, sólo en los veinte años que van de 1881 a 1911, el número de funcionarios no militares aumenta en Gran Bretaña de 81 mil a 644 mil; en Francia, de 359 mil a 700 mil; en Alemania, de 450 mil a 1.159.000. El Estado domina los ferrocarriles, los correos, las escuelas, los métodos de enseñanza, los hospitales, los servicios; y realiza gigantescas obras públicas¹⁵.

El Estado sirve a la sociedad, pero también requiere ser servido. En tanto los regímenes fiscales se endurecen, Austria impone la instrucción militar obligatoria en 1868; Alemania en 1871; Francia en 1872; Rusia en 1874 e Italia en 1875. Al mismo tiempo, se implanta la enseñanza estatal obligatoria en Austria en 1869; en Gran Bretaña en 1870; en Alemania en 1871; en Holanda en 1876; en Italia en 1877; en Bélgica en 1879; en Francia en 1881. La coincidencia de fechas no es una simple casualidad. El Estado necesita buenos soldados, pero necesita al mismo tiempo buenos patriotas. La escuela estatal, gratuita y obligatoria, recuerda a los niños y a los adolescentes las glorias de la patria, la hermosura del país, su pujante economía, su esplendoroso futuro, la necesidad de esforzarse y sacrificarse si preciso fuera en la defensa de sus sagrados intereses. Los himnos patrióticos, las banderas, los escudos cuajados de águilas y leones, los desfiles impecables de soldados armados hasta los dientes por los nuevos bulevares de Europa, contribuyeron a fomentar el entusiasmo patriótico¹⁶.

El nacionalismo romántico había sido más espontáneo, movido por los entusiasmos antinapoleónicos y el ansia de libertad; el nacionalismo positivista es más prefabricado, construido, fomentado por el Estado omnipotente mediante la enseñanza, la inculcación del deber,

¹⁵ Vid., por ejemplo, Hinsley, F. H. en *El progreso material y los problemas mundiales*, tomo XI de la *Historia del Mundo Moderno*. Ed. Sopena, Barcelona, 1980, vid. p. 11.

¹⁶ Marshall Berman —en alusión a la época de Baudelaire— se refiere a “la tremenda importancia del desfile militar, tanto psicológica como política, y su poder para cautivar hasta los espíritus más libres”. En *Todo se desvanece en el aire. La experiencia de la modernidad*, Madrid, Siglo XXI, 1988, p. 136.

EUROPA: ORGULLO E IMPERIO (1870-1914)

del servicio, de la gloria y del orgullo colectivo¹⁷. Orgullo ante todo nacional: el de la Alemania recién unificada y convertida en Segundo Imperio, dotada de una inmensa energía y del mejor ejército del mundo; Gran Bretaña, dueña del capital, señora de los mares y propietaria de un imperio colonial a escala planetaria; Francia inculca a sus hijos la conciencia de ser la cabeza rectora de la cultura en el mundo, manifestada a todos en sus espléndidas Exposiciones Universales; Italia se presenta ahora como legítima heredera de la Roma imperial¹⁸.

Pero también orgullo colectivo europeo. Ya Comte, en su *Sistema de política positiva* habla de una "República Occidental", construida sobre el eje Londres-París-Constantinopla, "en la que quería ver la encarnación histórica del espíritu positivo y la piedra de toque de la sociedad mundial"¹⁹. Y Burckhardt, el creador del positivismo histórico, encontraba en Europa "el lugar donde han tenido origen las más grandiosas creaciones". Pensaba en los legados de la cultura, el arte, el pensamiento, las ideas fecundas, propias de un continente que desde mucho tiempo antes se había arrogado un especial protagonismo en el conjunto de los pueblos, y que por su tiempo estaba alcanzando la más espléndida plenitud de sus posibilidades. Veía en Europa, "esa isla pensadora", de que hablaría Stuart Hughes, capaz —a diferencia de otros focos de cultura— de desarrollarse indefinidamente, de transformarse con portentosa capacidad proteica, pero sin estancarse nunca²⁰. Así fue cristalizando al mismo tiempo bienhechor, llamado a los más altos destinos. Fue por tanto, explica Friedrich, el origen de ese mito "la ilusión de un destino común para gobernar el mundo". "La comunidad de Europa —añade— se daba por sentada, y la superioridad de su civilización ni se discutía"²¹. De esta suerte, observa por su parte Barraclough, "la mayor parte de la gente de Europa creía como artículo de fe en la superioridad de sus valores, en el irresistible ímpetu de su civilización contra las civilizaciones "vacías" de Oriente, y, como es natural, por encima de los países no civiliza-

¹⁷ Cfr. los comentarios a esta tarea estatal en C. F. Friedrich, *Europa. El surgimiento de una nación*. Madrid, Alianza, 1973, pp. 20-21.

¹⁸ Stromberg, *Historia intelectual europea...*, p. 259.

¹⁹ Vuyenne, B., *Historia de la idea europea*, Barcelona s/a, p. 124.

²⁰ Cfr. *Imágenes y Recuerdos. Años de soberbia*, textos por María Dolores Serrano, Barcelona, Difusora Internacional, 1978, pp. 208 y ss.

²¹ Friedrich, C., *Europa. El surgimiento de una nación*, edic. cit., pp. 20-21.

EUROPA: ORGULLO E IMPERIO (1870-1914)

dos. Y en la conciencia de los europeos, "cada vez tendía a abrirse más el abismo que los separaba del resto del mundo"²².

En los "días de soberbia", como llama Néstor Luján a los propios del optimismo positivista, el orgullo europeo no pudo menos de generar en nuevos mitos que hoy no dudariamos en considerar innobles, como el racismo. Es difícil, en efecto, imaginarnos en nuestros días la alianza de la conciencia de la superioridad de un grupo con la conciencia del progreso; pero los hechos, por mucho que puedan repugnar a nuestros ojos de hombres civilizados de fines del siglo XX, están ahí, a la distancia de no más de un siglo, y es menester recordarlos. Fue ya en 1855 cuando el conde de Gobineau escribió su *Ensayo sobre la desigualdad de las razas humanas*, que no entonces, sino significativamente por los años ochenta, sería traducido a todas las lenguas europeas. Al francés Gobineau sucederían el austriaco Von Schönerer, los alemanes Secker y Adolf Wagner (pariente este último, y no por casualidad, del famoso compositor) y los británicos sir John Seley, Houston Stewart Chamberlain (quizá tampoco por casualidad pariente del creador de la Commonwealth), y Francis Galton, pariente asimismo (¿es otra coincidencia?) de Charles Darwin. La clave de la superioridad racial de los europeos²³ radica en su pertenencia a la raza aria, palabra que Gobineau intenta relacionar con la misma raíz de *áristos*, el mejor, el más excelente.

La autocomplacencia del europeo, y en particular del germano o sajón, por la superioridad de su raza no conduce en ningún caso, como ocurrirá con los racismos del siglo XX, hasta si queremos los actuales, a un odio visceral contra los individuos de etnia distinta; pe-

²² Barraclough, G., *Introducción...*, pp. 80 y 66, respectivamente. Hasta tal punto llegó a constituirse Europa en un mito, que Bismarck, uno de los más grandes artifices del positivismo político, con su realismo impenitente, se reía de él al tiempo que lo reconocía: "Yo he oído siempre la palabra 'Europa' en boca de alguien que quería de otro algo que no se atrevía a pedir en su propio nombre". La frase es de 1876. En A. Briggs, et. al., *Las contradicciones del progreso*, Barcelona, Labor, 1973, p. 27.

²³ Gobineau establece una gradación en tres niveles: los arios puros, como los germanos y anglosajones; la raza "alpina", propia de Europa central; y la "mediterránea", más mezclada, pero también capaz de ideas originales. Cfr. entre otros Temprano, E., *La caverna racial europea*, Madrid, Cátedra, 1990, especialmente pp. 38-39; Pages Blanch, Pélai, *Las claves del nacionalismo y el imperialismo*, Barcelona, Planeta, 1991; *vid.* especialmente pp. 87-89; Nisbet, *op. cit.*, pp. 399, 401 y ss; Joll, J., *A Europa desde 1870*, Lisboa, 1982, *vid.* p. 160; Grimal, H., *De l'Empire Britannique au Commonwealth*, París, 1971 (*vid.* especialmente p. 163); Stromberg, *op. cit.*, p. 372. Para Chamberlain, Garvin, F., *Life of Joseph Chamberlain*, Londres, 3 volúmenes, 1933, *vid.* especialmente III, pp. 508 y ss.

EUROPA: ORGULLO E IMPERIO (1870-1914)

ro sí se echa de ver el desprecio, a veces monstruoso, hacia las razas inferiores. H. G. Wells, el famoso novelista, a pesar de ser considerado en su tiempo como progresista y aun socialista, habla con desdén de “esos ejemplares negros, cobrizos, blancos sucios y amarillos, que no participan en las nuevas necesidades de la eficacia” y que sobran en el mundo; “su sino es morir y desaparecer”²⁴. Pronto, por mucho que ello nos escandalice, veremos otros testimonios del mismo desprecio.

El prurito racista va unido al de la pureza de la estirpe, y de ahí la importancia que el optimismo positivista dio a la eugenesia, una idea que muchos suponen vinculada a la darwinista teoría de selección de las especies²⁵. El matrimonio entre *áristoi* —incluso, según algunos, entre aristócratas, tomando esta palabra en el sentido de personas elevadas por sus méritos a los más altos peldaños de la jerarquía social o económica— dará lugar a hombres superiores, cada vez más fuertes, más altos, más capaces, más inteligentes, más dotados de influencia sobre los demás. Pero existe otro método, exógeno, para mejorar la raza, y es el ejercicio de la gimnasia y el deporte, tan expandidos justo por los años del positivismo. La gimnasia sueca hizo furor en Alemania y otras partes de Europa, y en Gran Bretaña el culto al deporte se hizo una obligación y hasta un motivo de orgullo nacional. Géó Lefebvre cantaba en Francia “el triunfo de los deportes regeneradores, que forjarán una raza más fuerte” de cara al siglo XX²⁶. (No podía imaginar que su magna creación, la prueba ciclista “Tour de France”, acabaría transformándose en una gigantesca operación financiera y publicitaria).

También la montaña, ejercicio sano, abnegación, valor y aire puro, fue otro de los focos del afán de superación de la era positivista. La dramática conquista del Cervino por Whympfer, en 1864, fue el pistoletazo de salida de esta decidida, a veces heroica, carrera hacia las cumbres. En palabras de E. Weber, “la atmósfera patriótica de los setenta y el nuevo interés por el aire puro y el valor, la gimnasia y la regeneración física inspiraron el empleo de las montañas como una especie de gimnasio superior, en cuyos picos y laderas podía entrenar-

²⁴ Apud. R. N. Stromberg. *op. cit.*, p. 264.

²⁵ Cfr. Bernal, John, *Historia social de la ciencia*, Barcelona, Peninsula, 1967, II, 208, así como la obra de Stromberg que acabamos de citar.

²⁶ *Le Journal des Sports*, París, 1^o de enero de 1900.

EUROPA: ORGULLO E IMPERIO (1870-1914)

se una generación más fuerte”²⁷. En 1874 se creó el Club Alpino de Francia, que en 1899 contaría con siete mil miembros.

¿Es de extrañar que los Juegos Olímpicos de la Edad Moderna hayan nacido precisamente en la era positivista, y que su lema *citius, altius, fortius*, responda al *desideratum* de un hombre diferencialmente superior?²⁸ El propio barón de Coubertin había fundado en París, y en 1888, la Ligue Nationale de l'education physique, en cuya directiva figuraban personajes tan diversos, pero tan paradigmáticos de la actitud positivista como el político Clemenceau, el químico Berthelot, el biólogo Pasteur y el novelista Julio Verne.

La superioridad física se une así a la superioridad moral e intelectual del hombre europeo, destinado a dominar el mundo. ¿Tiene nada de particular que los socialistas italianos —que difícilmente podían practicar deportes— denunciasen el entusiasmo de las clases medias y superiores por los ejercicios físicos como una conspiración burguesa para fomentar el nacionalismo y el imperialismo?²⁹ “¿Qué es el imperio sino el predominio de una raza?”, preguntaba a los jóvenes lord Rosebery en una alocución en la Universidad de Glasgow. Con estas expresiones, comenta James Joll, “la creencia [...] de que las razas blancas eran superiores a las negras o a las amarillas será un presupuesto fundamental del imperialismo”³⁰.

Orgullo e imperio. Nunca hubo en Europa tantos imperios como entre 1870 y 1914. Se titulaban imperios Gran Bretaña, Alemania, Austria-Hungría, Rusia y Turquía, que mantenía su cabeza en la ciudad fundada por Constantino. Francia había sido imperio justo hasta 1870, pero la Tercera República heredó en muchos aspectos, y sobre todo en lo que se refiere al orgullo nacional y al expansionismo exterior, el espíritu imperial.

Porque ahí está justamente ese espíritu de imperio: en la vocación de superar los límites del Estado nacional mediante la dominación de ámbitos más extensos y ajenos a la metrópoli, pero sometidos a esta, a su poder y a su gloria. “Han pasado los tiempos de las naciones —proclamaba Austen Chamberlain en uno de sus más famosos discursos

²⁷ Weber, Eugen, *Francia, fin de siglo*, Barcelona, Ed. Debate, 1989, p. 248.

²⁸ La mejor biografía de la fascinante figura del barón de Coubertin es posiblemente la de John Mac Alan, *Pierre de Coubertin, and the origins of Modern Olympic Games*, Chicago, 1981.

²⁹ Weber, E., *op. cit.*, pp. 290-291.

³⁰ Joll, J., *A Europa desde 1870...*, p. 161.

EUROPA: ORGULLO E IMPERIO (1870-1914)

sos-; han llegado los tiempos de los imperios". Y su compatriota Albert J. Beveridge hablaba con más claridad aún de esta vocación imperial en el sentido de dominación de pueblos incapaces por pueblos poderosos y civilizados, en palabras que hoy podríamos juzgar irreverentes e incluso paranoicas, proclamando: "Dios no ha estado preparando a los pueblos de raza inglesa y teutónica para que se dediquen a algo tan vano como contemplarse a sí mismos. No. Nos convirtió en organizadores del mundo para que estableciéramos un sistema que barriera el caos existente. Dios nos dio el espíritu de progreso para que derrotásemos a las fuerzas de la reacción en toda la tierra. Dios nos ha hecho adoptar el gobierno para que podamos administrarlo entre los pueblos sencillos y salvajes. Si no existiera esta fuerza, el mundo caería de nuevo en la barbarie y la oscuridad de la noche"³¹.

La mística imperialista, que contó en principio con opositores y denunciadores, llegó por obra de la propaganda oficial, de la progresiva conciencia del propio orgullo, de los ideales de una juventud deseosa de correr aventuras, y en ellas de correr mundo, por obra también del desarrollo prodigioso de los medios de comunicación y su amplio alcance social, a convertirse en una corriente generalizada a partir de 1875 o 1880. Hasta personas tan críticas como la escritora Beatrice Webb confesaban que "el imperialismo se respira en el aire, todas las clases se embriagan con espectáculos y lealtades históricas"³². Y aquella mística legitimaba la conquista por el hombre blanco europeo de territorios habitados por seres que sólo podían levantar cabeza si se les inculcaban los principios de la civilización occidental. Por eso, para uno de los padres del positivismo, John Stuart Mill, "el despotismo es un modo legítimo de gobierno cuando se trata de ejercerlo sobre pueblos bárbaros, siempre que tenga por objeto un adelanto"³³. El despotismo es injustificable entre los hombres civilizados, pero puede cohonestarse a la hora de someter por la fuerza a hombres salvajes, que más saldrán ganando que perdiendo con este sometimiento.

Para una mentalidad tan crítica a este respecto como la de John

³¹ En Nisbet, *Historia de la idea de progreso...*, p. 396.

³² *El diario de Beatrice Webb*, 25 de junio de 1899, en *Our Partnerships*, editado por B. Drake y M. Cole, Londres, 1948, p. 140.

³³ Apud. G. Redondo, *Del Liberalismo a la Democracia*, tomo XII de la *Historia Universal EUNSA*, Pamplona, EUNSA, 1904, p. 257.

EUROPA: ORGULLO E IMPERIO (1870-1914)

Bernal, la pretendida científicidad de las teorías raciales sirvió para minar la antigua concepción agustiniana, sostenida durante siglos por las culturas cristianas, de que todos los hombres son iguales por naturaleza y dignidad intrínseca. Esta nueva y revolucionaria doctrina añade “podía ser utilizada para justificar cualquier grado de explotación clasista o colonial; incluso se la podía esgrimir para demostrar que los hombres blancos y los hombres negros pertenecían a especies diferentes”³⁴. He aquí una diferencia fundamental entre el pensamiento ilustrado del siglo XVIII, que hablaba de la condición humana y de los derechos humanos como patrimonio natural de un todo, y el pensamiento discriminatorio del positivismo a fines del siglo XIX. Como nos expresa otro observador que escribe por 1875, “la idea que nos hemos formado de los salvajes es uno de los puntos en que nos hallamos más alejados del siglo XVIII. Aquellos filósofos, no conociéndolos sino por vagas narraciones, les hacían disfrutar de una vida inocente y bienintencionada [...]. Se han desvanecido estos errores; el salvaje se ha mostrado ante los ojos europeos ya sin prejuicios: sin familia, sin amor, haciendo del matrimonio otra forma de esclavitud, con una religión infantil [que incluye la] adoración a los espíritus malignos...”³⁵. La orgullosa conciencia de esta superioridad cultural es la que sirvió a los europeos no sólo para cohonestar su colonialismo, sino para hacer partícipes a los propios colonizados de la magnitud de estas aplastantes diferencias. Hay visiones extremadas como la de Louis Sonnolet, para quien “es necesario que el negro sepa que la nación que se ha instalado como dueña de sus sabanas y sus selvas es más fuerte, más poderosa, más gloriosa que sus antiguos amos”. Y propone que los indígenas estudien las páginas más triunfales de la historia de Francia, como la época del Rey Sol o las geniales y victoriosas campañas napoleónicas³⁶. Pensemos por un momento: sin este tipo de enseñanza mitificadora, ¿sería posible explicarse, por ejemplo, el fenómeno Bokassa?

En esta tesitura mental se lanzó Europa a esa aventura cósmica, admirable, repugnante, gloriosa, nefanda, llena de luces y de sombras, de

³⁴ Bernal, J., *Historia social de la ciencia*, Barcelona, Península, II, p. 297. Cfr. Dover, C., *Half Caste*, Londres, 1937.

³⁵ Quinet, E., *El Espíritu Nuevo*, edición citada, pp. 123-124.

³⁶ Para casos como este, y otros tan expresivos, es recomendable la obra de Brunswig L., *Mythes et réalités de l'imperialisme colonial français*, París, P.U.F., 1960.

EUROPA: ORGULLO E IMPERIO (1870-1914)

generosidades y vergüenzas, pero que de una u otra forma llenó el mundo con su presencia, como fue la explosión del colonialismo. No es mi propósito en este punto analizar su desarrollo histórico³⁷. Por lo que se refiere al espíritu que la movió, se han aducido causas de los más diversos linajes. Principalmente las económicas (R. Koebner, R. Robinson, J. Gallagher, E. Hobsbawn, R. Pares, A. H. Hannah, H. Brunschwig, entre otros). La Revolución Industrial habría exigido el colonialismo con el doble objeto de recabar materias primas y conquistar mercados. La teoría clásica sostiene que hasta 1860, aproximadamente, sólo en dos países —Gran Bretaña y Bélgica— existía un claro predominio de la producción industrial sobre la agrícola, mientras en los demás la producción agrícola seguía siendo primordial. Era posible, por tanto, un benéfico intercambio. Cuando Alemania, Austria, Francia, Italia, alcanzan también un predominio industrial, los intercambios se hacen más difíciles, se impone el proteccionismo y se busca el desahogo exterior mediante mercados imperativos, ya sean impuestos por la fuerza —como en China, Japón, o ciertas áreas del mundo árabe—, ya producto del expansionismo colonial propiamente dicho. Una variante a esta teoría es la que hace poco ha expuesto Pelai Pagés: “Si durante la primera fase de la Revolución Industrial los beneficios se habían invertido en cada país, ahora —saturado el mercado interior de capitales—, y para que la economía no sufriese un colapso generalizado, cabía invertirlos fuera de Europa. Para ello, las potencias industriales europeas se plantearon extender su zona de influencia económica a otros continentes”³⁸.

³⁷ Entre la abundantísima bibliografía general sobre el tema del colonialismo, pueden resultar útiles y prácticos títulos como los siguientes (se excluyen los citados en otras notas):

Aróstegui, Julio, *La Europa de los imperialismos (1868-1898)*, Madrid, Anaya, 1991.

Iserie, D., *Idee e dottrine imperialistiche dell'Inghilterra vittoriana*, Bari, 1953.

Cohen, Benjamin, *The question of imperialism*, Nueva York, 1973.

Gann, L., *Colonialism in Africa*, 3 volúmenes. Cambridge University Press, 1971.

Goldwitzer, Heinz, *L'imperialisme de 1870 à 1914*, París, Flammarion, 1970.

Hobson, J., *Estudio del imperialismo*, Madrid, Alianza, 1981.

Lichstein, George, *El imperialismo*, Madrid, Alianza, 1983.

Miège, Jean-Louis, *Expansión europea y descolonización hasta nuestros días*, Barcelona, Labor, 1975.

Miralles, Ricardo, *Equilibrio, hegemonía y reparto. Las relaciones internacionales entre 1870 y 1945*, Madrid, Síntesis, 1996.

Nadal, George y Curtis, Percy, *Imperialism and Colonialism*, Londres, McMillan, 1970.

Owen, Roger y Sutcliffe, Bob, *Studies on the Theory of Imperialism*, Londres, 1972.

Renouvin, Pierre, *De 1871 à 1914. L'Apogée de l'Europe*, París, P.U.F., 1972.

Tuchman, B., *La torre del orgullo. Una semblanza del mundo antes de la Primera Guerra Mundial*, Barcelona, Labor, 1967.

³⁸ Pages Blanch, P., *Las cuclas del nacionalismo y el imperialismo*, Barcelona, Planeta, 1991, p. 70.

EUROPA: ORGULLO E IMPERIO (1870-1914)

Y qué duda cabe: el factor económico fue entonces y siempre uno de los más activos motores de la historia, y carecería de sentido restarle importancia. El error de las tesis de las escuelas marxistas de hace unos años no fue el de afirmar la importancia decisiva de la que-
rencia económica en el impulso colonialista, sino el pretender convertirla en factor exclusivo. Los europeos buscaron en otros continentes lo que no tenían en casa: el caucho del Congo, el estaño de Indonesia, el cobre de Katanga, el algodón de Egipto, los diamantes de Kimberley, las perlas de Ceylán, el oro de Transvaal o de Australia; y junto con ello, la caña de azúcar, el te o el café. No es tan cierto que buscaran nuevos mercados, salvo en países con una evidente capacidad de compra, como China, Japón o en todo caso la India: muchos de estos países compradores o países-mercado no llegaron a convertirse en colonias en el sentido estricto del término. La economía es un factor importante, pero no el único. No de otra forma se explicaría la conquista de los desiertos: el Sahara central por los franceses, el Sahara occidental por los españoles, Nubia por los ingleses, el desierto de Kalahari por los alemanes. Una vez comprobado que los minerales de estas inhóspitas zonas no compensaban el gasto, carecía de sentido económico mantenerse en ellas. Y sin embargo, estos territorios fueron mantenidos.

El móvil económico pudo estar vinculado a otros muy distintos; así el lema de las tres "C" de Livingstone: Cristianismo, Civilización, Comercio; o el curioso slogan de Cecil Rhodes: "filantropía más el cinco por ciento"³⁹. Y no debemos olvidar que la empresa colonial fue mucho menos rentable de lo que tópicamente se ha admitido. La Compañía del Congo, tal vez la más interesada y menos altruista, no logró amortizar sus inversiones hasta transcurridos treinta años. La Compañía de Rhodesia, establecida en 1885, fue incapaz de pagar sus primeros dividendos hasta 1923. Francia liquidó su imperio colonial con déficit. Y Alemania obtuvo pérdidas con sus colonias desde el primer momento. Tan escaso fue su rendimiento que en vísperas de la Primera Guerra Mundial el comercio colonial alemán solamente suponía el 0,5 por ciento del movimiento total de capitales del país.

Si el factor económico resulta una insuficiente explicación en mu-

³⁹ Una clara visión de la mezcla de idealismo y materialismo en la empresa colonial puede encontrarse en Freyer, *Historia Universal de Europa...*, pp. 709 y ss.

EUROPA: ORGULLO E IMPERIO (1870-1914)

chos casos, más insuficiente resulta aún el también manoseado factor demográfico. Es cierto que en 1900 Europa tiene 44 habitantes por kilómetro cuadrado, mientras que Asia tiene 21, África, 4; América, 3,4 y Oceanía sólo 0,3. Pero las colonias en absoluto fueron, como en su día esperó Josef Chamberlain, un desahogo a ese superávit poblacional. Emigraron más británicos a Estados Unidos que a Canadá. La única emigración francesa de carácter masivo se dirigió a un territorio conquistado antes de la era positivista, Argelia. El inmenso espacio de África Occidental, grande como casi toda Europa, no recibió más de 35 mil franceses, y a los dominios coloniales del II Reich —que llegaron a medir más de dos millones de kilómetros cuadrados— no acudieron más allá de 12 mil alemanes no militares.

En algunos casos resulta preferible suponer motivos estratégicos, y qué duda cabe de que en ocasiones fue este el objetivo preponderante. Pero para el control de los muchos ombligos del mundo bastan enclaves como Suez, El Cabo, Colombo, Hong Kong, Goa, Wei-hai-wei, Singapur, Ponditchery, Tisingtao, si no queremos recordar Gibraltar o las Malvinas. El dominio de enormes territorios inútiles difícilmente se explica si no es por razones de prestigio, o si preferimos la palabra, de orgullo. Hubo un tiempo en que un país no podía reclamar la categoría de gran potencia—si no poseía extensos territorios en ultramar. En este sentido, parece que conviene dar una buena parte de razón a Gonzalo Redondo cuando afirma que “por encima de toda motivación económica, lo que jugó en la expansión colonial fue el nacionalismo...”. “El imperialismo fue la culminación lógica de la grandeza nacional; sirvió para demostrar que la nación tenía un sentido, pues era patente la labor que se le encomendaba, y que con tanta brillantez parecía sacar adelante”⁴⁰.

James Joll se refiere a “una creencia en una misión nacional, una creencia frecuentemente sincera, algunas veces hipócrita, en el deber de los pueblos adelantados de llevar la civilización y una buena administración a los pueblos atrasados”⁴¹. Ahí está uno de los *leit motiven* más machaconamente repetidos en la filosofía del colo-

⁴⁰ Redondo, G., *Del Liberalismo a la Democracia...*, p. 254. Redondo destaca una forma de colonización mucho más desinteresada: en 1900 había en los países coloniales 61 mil misioneros, casi tantos como funcionarios de la administración europea; dedicados al adoctrinamiento y en su caso a la protección de los indígenas, sin reclamar a cambio ninguno de los bienes de este mundo. *Vid.* p. 261.

⁴¹ Joll, J., *A Europa desde 1870* . p. 157.

EUROPA: ORGULLO E IMPERIO (1870-1914)

nialismo: el del deber, hasta de la “pesada carga” del hombre blanco obligado a colonizar. Como a una misión penosa, pero honrosa, llamaría Kipling a los británicos:

Forzad a vuestros hijos al exilio,
para atender las carencias de vuestros pupilos,
para servir, bajo un pesado yugo,
a las gentes agitadas y selváticas,
a los pueblos que acabáis de conquistar,
mitad demonios, mitad niños”⁴²

Aquí está toda la filosofía del colonialismo: el deber, la gloria y la inmensa superioridad de los colonizadores sobre los colonizados, que necesitan imperiosamente su pupilaje.

Eran los tiempos en que sir Charles Dilke cantaba a *The Greater Britain*, la Más Grande Bretaña, que extendía las alas de su águila imperial sobre los cinco continentes y los cinco océanos⁴³. Quizá ningún filósofo pronunció nunca una frase tan orgullosa como lord Curzon: “La Gran Bretaña es, después de la Providencia, la fuerza bienhechora más grande del mundo”⁴⁴. Y no se queda muy atrás lord Grey cuando en *The Colonial Policy* da por sentado que “la Corona Británica es el más poderoso instrumento de civilización de la Tierra”. “La Providencia ha dotado a la Gran Bretaña de una gran potencia y, a cambio, el deber de instaurar el bienestar de la Humanidad”⁴⁵. Toda una mística, imbuida de ebriedad imperial, mezcla imposible tal vez para nosotros o para nuestra comprensión, de generosidad idealista y de espíritu de rapiña, se complacía en la conquista del mundo. Eran los tiempos gloriosos de aquel himno a Britania que bien pudiéramos imaginar con letra de Kipling y música de Ketelbey, o de Elgar. Gran Bretaña, esa pequeña isla del noroeste de Europa, con una extensión inferior a la de la actual provincia de Buenos Aires, era dueña de un

⁴² Kipling, R., *The five Nations*. Londres, 1903.

⁴³ Cfr. el análisis del pensamiento de Dilke en Barraclough, G., *Equilibrio europeo y nuevo imperialismo*, en VVAA. *El siglo XIX*, tomo II. Madrid. Espasa Calpe. 1985. p. 787. J. Seeley, en *The Expansion of England* (1884), emplea también la expresión “Greater Britain”, que debió generalizarse por entonces.

⁴⁴ Sobre las ideas de Curzon, *vid.* Thornton, A., *The Imperial Idea and its enemies*. Londres. 1959. pp. 72 y ss.

⁴⁵ Apud. Grimal, Henri, *De l'Empire Britannique au Commonwealth*, Paris, Presses Universitaires de France, 1971, p. 149.

EUROPA: ORGULLO E IMPERIO (1870-1914)

territorio ultramarino 120 veces mayor que la metrópoli y habitado por 350 millones de seres humanos.

La filosofía imperial francesa, aunque en un grado más mesurado, se movía por muy similares derroteros. Jules Ferry, sin duda el presidente más entusiasta de la aventura colonial francesa, aseguraba una y otra vez que la grandeza de Francia estaba fuera de Francia: y era deber de los franceses buscarla con empeño. “Para ser una gran nación, o para continuar siéndolo —predicaba por su parte Leon Gambetta— es preciso colonizar”. Y “el deber que incumbe a los pueblos modernos —añadía por su parte Paul Leroy-Beaulieu— es no abandonar la mitad del mundo a hombres ignorantes e impotentes”⁴⁶. También aquí, la inmensa superioridad moral del hombre blanco, la indignidad de las razas inferiores, y el deber —entre orgulloso y sacrificado— de dominarlas, civilizarlas y —de paso— aprovechar los recursos que aquellos salvajes eran incapaces de explotar.

Y aun podemos encontrar testimonios de esta misma mística en otras partes. Para el ministro italiano Crispi la colonización de tierras lejanas e incivilizadas es “una necesidad de la vida moderna”⁴⁷. Dos hombres tan poco dados a la idea imperialista como el irlandés Bernard Shaw y el ruso Dostoyewski coincidían en que si los chinos son incapaces de establecer en su país los adelantos de la civilización, es deber de los europeos reemplazarlos en esta tarea. Sobre todo Dostoyewski veía en Asia “la América no descubierta” de Rusia. Allí estaban, más que en Europa, las esperanzas de la Rusia del futuro: una Rusia que debe aspirar “a la salvación del mundo”⁴⁸.

Y así fue como Europa, en visión de Gonzalo Redondo, “se volvió a lanzar al mundo con una fe, un ardor [y una] asombrosa seguridad en sí misma, y con un sentimiento vivísimo de su propia grandeza, en una actitud que recuerda a la embriaguez colectiva”⁴⁹. Europa, al eu-

⁴⁶ Cfr. Brunschwig, L., *Mythes et réalités...*, pp. 24 y ss.

⁴⁷ En Seton Watson, Christopher, *Italy from Liberalism to Fascism*, Londres, 1967, p. 138.

⁴⁸ Dostoyewski, Fedor, *A Writer's Diary*, Londres, 1949, p. 1048. En la versión española *Diario de un escritor* (selección), Buenos Aires, colección Austral, Espasa Calpe, 1960, no se encuentra la alusión a China y Asia en general, sí pueden leerse frases como estas: “...los rusos tenemos, por lo menos, dos patrias: Rusia [...] y Europa [...]. Nuestra misión —y los rusos comienzan a tener conciencia de ella— es grande entre las grandes misiones. Debe consagrarse al servicio de la Humanidad [...] de la Humanidad entera” (p. 85). “...el alma rusa es universalmente unificante, que puede englobar en un mismo amor a todos los pueblos y pronunciar, por fin, las palabras de donde saldrá la unión de todos los hombres” (p. 206).

⁴⁹ *Op. cit.*, EUNSA, XII, p. 252.

EUROPA: ORGULLO E IMPERIO (1870-1914)

ropeizar el mundo, se puso paradójicamente más en contacto consigo misma, en el sentido que a este fenómeno confiere Freyer: "Todas las fronteras de Europa se repiten bajo cielos extraños, y se establecen incluso fronteras que en Europa no existen: anglo-italiana, franco-portuguesa, anglo-holandesa, anglo-alemana"⁵⁰. Coincide la época del colonialismo imperialista con uno de los lapsos de más prolongada paz interna en el continente europeo (1870-1914), y probablemente no es este hecho una casualidad. Todo el instinto expansionista que por lo menos desde la época del Renacimiento había anidado en el alma de los europeos, se emplea ahora en esfuerzos extracontinentales, de suerte que cabe cantar las grandezas triunfadoras de cada potencia sin menoscabo del orgullo de las demás potencias.

Un hecho que merece ser igualmente destacado es la increíble rapidez del ímpetu colonial. Las conquistas ultramarinas en la primera mitad del siglo XIX apenas habían sobrepasado el ritmo de la centuria anterior; es a partir de 1860, y sobre todo por los años que corren entre 1880 y 1900 cuando los europeos conquistan territorios a razón de un millón de kilómetros cuadrados por año, en un proceso que todavía hoy puede sorprendernos por su celeridad. Daniel Headrick solo se explica esta celeridad por obra del no menos acelerado proceso de la técnica; hasta el punto, afirma, que este progreso fue, si no la causa, al menos la condición de la expansión colonial. La superioridad en los métodos de transporte, mediante grandes barcos de vapor impulsados por hélice, la superioridad militar manifestada en las armas de fuego de retrocarga y repetición, y los avances sanitarios simbolizados en la quinina y otros fármacos capaces de superar las enfermedades tropicales son, para Headrick, la única explicación posible de ese fulminante proceso expansivo⁵¹.

En suma, "el europeo que abre un atlas en 1914 —observa Schnerb— mira con orgullo la existencia de su dominio territorial [...] Comprende la casi totalidad de África, la mitad de Asia, toda Occania y la cuarta parte de América [sin tener en cuenta que casi todo el resto de América ha sido previa e intensamente europeizado]. Son de Europa el 60 por ciento de las tierras emergidas, y [...] el 50 por ciento de la Humanidad. Sabe por otra parte que son pocos

⁵⁰ *Historia Universal de Europa*, p. 710.

⁵¹ Headrick, D., *Los instrumentos del Imperio*, Madrid, Alianza, 1989. Vid. especialmente pp. 9 y 55-72.

EUROPA: ORGULLO E IMPERIO (1870-1914)

los demás lugares del globo donde no ejerza de una manera u otra su actividad [...]”⁵². Culmina así una secular misión colonizadora que ha dado lugar, como observa Chaunu, al hecho —si se quiere asombroso— de que “de los 144 millones de kilómetros cuadrados de tierras emergidas, 118 (es decir el 84 por ciento) han pasado en algún momento por el estatuto de colonia de dependencia de algún imperio europeo...”⁵³, una realidad que no ofrece punto de comparación con la historia de ningún otro continente. El hecho de que esto sea así y no de otra manera no admite una explicación fácil, pero constituye uno de los elementos de interpretación más activos de la Historia Universal.

En fin, y para terminar. Todo esto sucedió hace mucho tiempo. Más tiempo virtual que tiempo cronológico; pero forma parte de un pasado irreversible. El tremendo optimismo de la época positivista caducó súbitamente con la crisis de fin de siglo. En el campo de la ciencia, apoyo de toda certeza, bastaron unos pocos años para que Mach, Einstein, Planck o Heisenberg encontraran que las cosas no son como la razón las puede entender. La “nueva religión de la Humanidad” se derrumba como instrumento lógico. En el campo de la literatura o del arte, Kafka, Joyce, Braque, Picasso, Schönberg, rompían seculares normas estéticas para lanzarse por el camino de lo irracional o lo sin sentido. En el campo del pensamiento, al culto a la razón creadora sucedió el de lo absurdo y la angustia existencial. El ímpetu del homo faber, el hombre que hace, se convierte en nada al sustituir el ser por el hacer: “*l’homme n’est que ce qu’il fait*”; y este no es más que lo que hace; a Sartre no le produce orgullo, sino asco, *nausée*. Todo un mundo de maravillosas certezas se derrumbó en pocos años, y en la conciencia europea no quedó más que la incertidumbre, esa *Unge-wissheit*, estudiada con especial finura por Peter Wust⁵⁴.

Hoy no queda en Europa un solo imperio. Ni apenas colonias. La profecía de Carlyle, “resta mundo que repartir para seis mil años”, se ha venido por los suelos en sólo setenta y cinco. El colonialismo fue un fenómeno fulminante, pero sorprendentemente breve. Ya por 1928 reconocía Leonard Wolf que podía resultar un arma de dos fi-

⁵² Schnerb, H., *El siglo XIX. El apogeo de la expansión europea, de la Historia General de las Civilizaciones*, Barcelona, Labor, 1960, p. 625.

⁵³ Chaunu, *Historia y decadencia...*, pp. 342-343.

⁵⁴ Wust, Peter, *Incetidumbre y riesgo*, Madrid, Rialp, 1955.

EUROPA: ORGULLO E IMPERIO (1870-1914)

los, y que la occidentalización del mundo podía propiciar la revuelta del mundo contra Occidente, prevalido de sus propias armas, tanto materiales como dialécticas⁵⁵; una sospecha que Toynbee convirtió en tesis con un libro que levantó ampollas en la segunda posguerra mundial: *El mundo y el Occidente*⁵⁶. Freyer se ha hecho eco también de la idea de que "las máquinas inventadas por Europa habían sido tan buenas, que la mayoría de ellas podían ser utilizadas por hombres que nunca habían fundado instituciones para inventarlas"⁵⁷: utilizadas, se entiende, muchas veces contra los propios colonos europeos.

Otro efecto *boomerang* que intuye Joll es menos visible, pero tal vez más penetrante. Para comprenderlo, hemos de tener en cuenta un fenómeno que no cabe desarrollar en esta intervención, pero que pesa de modo muy eficiente en la mentalidad del hombre occidental y de modo más particular el europeo: el complejo de culpabilidad por haber conquistado y aculturizado tierras ajenas y haber atentado no sólo contra los bienes legítimos de aquellas razas lejanas, sino contra su propia identidad cultural. Por ello, y como en acto de contricción o de resarcimiento, se está registrando ahora, siquiera parcialmente, ese proceso de aculturización en dirección contraria a que alude Joll: la aceptación de elementos de culturas tenidas un tiempo por primitivas, y ahora tenidas en tanto o más si cabe que las nuestras propias: y así explica los elementos africanos en Picasso, la exaltación de lo polinesio en Gaughin, el orientalismo de Debussy, los criterios de una antropología que se autoproclama progresista, y las éticas relativistas, que colocan al mismo nivel a todas las culturas⁵⁸.

Europa, en gran parte por su culpa, ha retrocedido en el siglo XX, por lo que respecta a los demográfico, a los niveles proporcionales del siglo XIV; y aunque conserva su cultura milenaria y muchos rasgos de su vieja aristocracia intelectual, hoy, minada por complejos de culpabilidad que en muchos casos se han convertido, por mor de las corrientes de los tiempos, en complejos de inferioridad, ha olvidado su

⁵⁵ Wolf, L., *Imperialism and Civilisation*, Londres, 1928, pp. 34-35.

⁵⁶ Toynbee, Arnold, *El Mundo y Occidente*, Madrid, Aguilar, 1955. Vid. especialmente pp. 41 y ss.

⁵⁷ Freyer, N., *Historia Universal de Europa...*, p. 711. Una de las visiones más positivas de la aportación de Europa al mundo —alguien, con o sin prejuicios, podrá considerarla excesivamente positiva— es la de Kohn, Hans, *Reflexiones sobre el colonialismo*, en *La idea del colonialismo*, dirigida por R. Strausz y H. Hazard, Madrid, Tecnos, 1964, pp. 17-18.

⁵⁸ *A Europa desde 1870...*, p. 126.

EUROPA: ORGULLO E IMPERIO (1870-1914)

antiguo orgullo, y con ello ha olvidado también —o se ha impuesto la obligación de olvidar— los legados que ha producido su acción secular de volcarse al mundo. Unos legados que pudieron tener connotaciones negativas o actitudes a todas luces intolerables; pero que por otra parte han contribuido a la difusión de las ideas de solidaridad humana, de libertad y tolerancia que hoy son universales; la ampliación de los ámbitos en que los seres humanos pueden entenderse en el mismo lenguaje o a través de unas mismas coordenadas mentales. Sin este legado, no sería posible que los europeos —que al fin y al cabo lo somos todos los que aquí estamos, por nacimiento, por origen o por cultura— estemos celebrando unas Jornadas de Historia de Europa a orillas del Río Cuarto.